

Enrique Gil ante las exposiciones de la industria

JULIA MORILLO MORALES
UNED

ABSTRACTS: Las exposiciones de la industria de la primera parte del siglo XIX fueron el precedente inmediato de las exposiciones universales que se iniciaron con la de Londres de 1851. Escritores y periodistas eran comisionados para elaborar informes oficiales que en muchas ocasiones se enriquecían con otros textos, casi siempre literarios, motivados por el viaje y la asistencia a esos escaparates de la modernidad. En 1844, Enrique Gil inició su último viaje con unas instrucciones precisas, que incluían la visita a exposiciones de la industria, entre otras las de París y Viena. Esta comunicación analiza el paso de Gil y Carrasco por esas muestras, su visión personal y su posible influencia en otros textos escritos durante su viaje.

Industry expositions in the early 19th century were the immediate precursor to world expositions, initiated in London in 1851. Both writers and journalists were commissioners to develop official reports that were often heightened with other texts – literary ones for the most part – triggered by the journey and the attendance to such modernity windows. In 1844, Enrique Gil began his last trip with specific directions, including the attendance to industry expositions – Paris’ and Vienna’s among others. This presentation analyses the presence of Gil y Carrasco in those exhibitions, his own point of view and its probable impact on other texts he wrote during his trip.

Keywords: Enrique Gil y Carrasco. Exposiciones de la industria. Literatura de viajes. Literatura española del siglo XIX.

Enrique Gil y Carrasco. Industry expositions. Travel Literature. Spanish Literature XIXth. century.

Enrique Gil es una de las figuras clave del Romanticismo español. Su producción poética y narrativa y su faceta periodística han sido estudiadas y analizadas a fondo como hemos tenido la oportunidad de escuchar en este congreso en el que celebramos el segundo centenario de su nacimiento. Sin embargo, hay una faceta que hasta ahora apenas ha



llamado la atención de la crítica, la de su paso por las exposiciones de la industria, que se menciona apenas como una especie de tapadera de la labor diplomática encubierta que le había sido encomendada en su viaje a Alemania.

Tras el trabajo de investigación que he llevado a cabo y que ha culminado con la reciente defensa de mi tesis doctoral titulada *Las exposiciones universales en la literatura de viajes del siglo XIX*, puedo afirmar que el paso de Enrique Gil por las exposiciones de la industria fue algo más. A pesar de que Gil no escribió una obra completa sobre las exposiciones de la industria, en esta breve comunicación pretendo demostrar que tanto las referencias que hace en sus artículos de viaje como las breves anotaciones e indicaciones aisladas que aparecen en los textos que recogió Picoche en su tesis y los que ha presentado y ordenado Valentín Carrera en su reciente edición del *Diario de viaje*, permiten concluir que su paso por estas muestras no se limita a una simple anécdota ni puede considerarse un dato aislado, sino que está en el origen de la literatura que nace de las exposiciones universales de la segunda mitad del siglo XIX y que hacen de Enrique Gil un antecedente de todos cuantos escribieron sobre ellas.

Las exposiciones de la industria

Las exposiciones de la industria, precedente inmediato de las exposiciones universales, empezaron a celebrarse a finales del siglo XVIII y principios del XIX, coincidiendo con el nacimiento de la revolución industrial. En esa época se generalizaron los crecimientos urbanos por el aumento de la población, y el éxito de la nueva industria y los nuevos modos de producción propiciaron el nacimiento de la sociedad de consumo. Inglaterra, cuna de esa revolución industrial, junto con Alemania y Francia empezaron a organizar este tipo de muestras para exhibir ante sus compatriotas los avances de una producción que cada año iba en aumento y se perfeccionaba de forma asombrosa. A medida que el siglo avanzaba, las exposiciones, además de ir aumentando en sus dimensiones y recibir cada vez un mayor número de visitantes, servían para generar una percepción específica en el extranjero sobre las características de cada nación. Si la industria de la primera parte del siglo se contentaba con mostrar sus avances a nivel regional o nacional, la de la segunda parte avanzaba a un ritmo vertiginoso y necesitaba un escaparate mayor en que mostrarse. Así nacieron las exposiciones universales que fueron a veces el motor y siempre el escaparate de esos nuevos avances.



A ellas no solo acudieron comerciantes e industriales, sino también escritores y periodistas que eran comisionados por los gobiernos o enviados como corresponsales para enviar crónicas o elaborar informes oficiales que en muchas ocasiones se enriquecían con otros textos, casi siempre literarios, motivados por el viaje y la asistencia a esos escaparates de la modernidad. Nace así una literatura generada por las exposiciones universales, enmarcada en la literatura de viajes del siglo XIX, con características propias y que se presenta en diversos formatos, entre los que destaca especialmente el del artículo de viaje y la crónica periodística. Esa producción literaria presenta una calidad muy desigual, con autores poco o nada conocidos, con otros apenas recordados hoy, pero tremendamente populares en su tiempo como Wenceslao Ayguals de Izco, Carlos Frontaura, Juan Valero de Tormos, o Alfredo Escobar, y por último figuras de la talla de Pedro Antonio de Alarcón, Emilio Castelar, Joaquín Costa, Emilia Pardo Bazán o Rubén Darío.

Antecedentes de Gil en las exposiciones de la industria

Antes que Enrique Gil, ya otros escritores habían incluido las exposiciones de la industria como tema de sus obras o habían hecho referencias a ellas. El mismo Mariano José de Larra inició su carrera literaria con un texto muy poco conocido y apenas estudiado¹, la *Oda a la primera exposición de la industria española de 1827*, en la que en encendidos versos de corte neoclásico alaba los esfuerzos de España por emular a otras potencias industriales europeas, haciendo un recorrido por los productos que expone cada una de las provincias y exhortando a los productores españoles a seguir el ejemplo de los europeos.

Todo os anima, Hesperios;
sudad constantes, que la aurora llega
en que ufanos sus hijos miraremos
a la nación Ibera
industriosa crear, vencer guerrera.

Por su parte, Mesonero Romanos, en su *Manual de Madrid, descripción de la corte y villa* (1831), da cuenta del nacimiento de estas muestras en España:

¹ José Escobar, en su obra *Los orígenes de la obra de Larra*, dedica un apartado del segundo capítulo titulado “Iniciación literaria: composiciones en verso”, a analizar esta oda, la primera composición literaria del autor.



Por Real decreto de 30 de mayo de 1826, S.M. mandó que todos los años el día de San Fernando se abra una exposición pública de los productos de la industria española, con el objeto de acelerar los progresos de las artes y fábricas por medio de una noble emulación; y circulada en aquel año una instrucción al efecto, tuvo principio la primera exposición el día 30 de mayo de 1827, y la segunda el 1 de julio de 1828; habiéndose posteriormente resuelto por S. M. que en lo sucesivo se verifique cada tres años. Estas exposiciones han excedido en gran manera las esperanzas de los buenos españoles, por la multitud de objetos de todas clases y su delicada perfección que han concurrido de todas las provincias, demostrando unos adelantos de que apenas se tenía noticia. (Mesonero Romanos: 1831: 231).

Frente a esta certificación casi oficial del nacimiento de estas muestras, el mismo Mesonero Romanos en sus *Memorias de un setentón*, deja constancia de las impresiones personales que le produjo la segunda exposición de la industria española, la de 1828, con un tono muy distinto y anécdota del rey Fernando VII incluida:

A propósito de esta Exposición, no puedo dejar de estampar aquí una anécdota, que prueba la poca importancia que daba Fernando a estos esfuerzos de su ilustrado Ministro.

Celebrábase dicha Exposición en las estrechas y mezquinas salas del Conservatorio de Artes (sito en la calle del Turco), y era tan pobre y desconsoladora, que más que Exposición pública semejaba el interior o trastienda de algún buen almacén. Invitado Fernando a visitarla oficialmente, presentose un día en ella, siendo recibido y acompañado en la visita por el ministro Ballesteros y el director D. Juan López Peñalver, los cuales cuidaban de hacer presente al Monarca los adelantamientos de nuestra *naciente* industria, lo que esperaba de su protección y de la del Gobierno, etc. Todo esto lo escuchaba Fernando con aire distraído y fijándose sólo de vez en cuando en los objetos más baladíes, hasta que, llegados que fueron a las salas donde se ostentaban los tejidos de las fábricas catalanas, y redoblando entonces el Ministro y el Director sus esfuerzos para llamar su atención sobre ellas, contestó desdeñosamente a las observaciones de ambos con un «¡Bah! todas estas son cosas de mujeres», y precipitó su salida para irse a dar un paseo por el Retiro, dejando a Ballesteros y Peñalver encogerse de hombros, y dirigirse una mirada harto expresiva, que parecía querer decir: «¡Qué rey!». -Esta anécdota la oí de boca del mismo Peñalver, que no volvía en sí del asombro que le causó esta salida de tono del Monarca. (Mesonero Romanos: 1828-1830, Vol. II, Capítulo III).



El gobierno español mostró mucho interés en las exposiciones de la industria que se celebraron en otras ciudades europeas. Lo demuestra el hecho de que enviara comisionados oficiales que escribieron, además de las memorias correspondientes, textos que en algunos casos se acercan a lo literario. La figura más destacada de entre todos ellos fue sin duda la de Ramón de la Sagra (1809-1871) biólogo, inquieto intelectual y viajero que, en su papel de comisionado del gobierno español, redactó las memorias oficiales de las exposiciones de la industria que se celebraron en París en 1839, en Bruselas en 1841 y en Maguncia (Alemania) en 1842. Sobre esta última, en el artículo que publicó en *El Eco del Comercio* con fecha 10 de octubre de 1842, de la Sagra da cumplida cuenta de todo cuanto encuentra en la exposición, para después continuar con sus anotaciones de viajero: “No terminaré las áridas indicaciones sobre la exposición de la industria alemana que me he propuesto comunicar a vd. sin extractarle algunas notas de mi diario, ingenua expresión de mis ideas locales.” Exposiciones y viaje están estrechamente enlazadas y el mismo Ramón de la Sagra reflexiona sobre el provecho que el viaje ofrece siempre a quien lo realiza:

Una de las principales ventajas que se obtienen de los viajes, es el conocimiento y trato con los hombres superiores de la época, que instruyen mejor que los libros, de los progresos en las ciencias y artes, de los proyectos industriales, de las mejoras sociales y de las tareas de la inteligencia en los distintos países. Por este medio se rectifican muchos errores, producidos por el aislamiento, se extiende la esfera de los trabajos útiles, y se fertilizan los resultados por la asociación de las ideas y la discusión de los principios. (Ramón de la Sagra: 1844: 69).

Ramón de la Sagra se convierte así en el antecedente y el referente inmediato para Enrique Gil. Con toda esa experiencia sorprende que fuera Gil y no de la Sagra el comisionado oficial en la exposición alemana de 1845, mucho más si se tiene en cuenta que unos años más tarde Ramón de la Sagra fue el comisionado designado para asistir a la primera exposición universal celebrada en Londres en 1851² y cuya memoria oficial publicó dos años después. Pero volvamos a 1844 y al momento del nombramiento oficial de Enrique Gil. Ramón de la Sagra acababa de hacer un viaje por Europa cuyas impresiones personales registró en su

² Ramón de la Sagra redactó la primera memoria oficial sobre una exposición universal con el título de *Memoria sobre los objetos estudiados en la Exposición Universal de Londres y fuera de ella: bajo el punto de vista del adelanto futuro de la agricultura e industria españolas*, publicada en Madrid en 1853.



libro *Notas de viaje escritas durante una corta excursión a Francia, Bélgica y Alemania en el otoño de 1843*, poco después regresó a Cuba, donde había residido años antes y había ejercido el cargo de director del Jardín Botánico de La Habana. Su ausencia fue quizá, el motivo por el que, a falta de un comisionado experto, se utilizara la visita a la exposición como tapadera de la misión diplomática que llevaba Gil como encargo y que consistía en preparar el terreno entre Prusia y España para el reconocimiento de la reina Isabel II, lo que supondría también la firma de futuros tratados políticos y comerciales que redundarían sin duda alguna en el desarrollo de la incipiente industria española. No estaban pues tan alejadas las dos misiones, la oficial y la secreta.

El viaje de Gil y Carrasco a las exposiciones de la industria

Sea como fuere, en 1844 Enrique Gil recibe de manos del presidente del gobierno y amigo suyo Luis González Bravo, el encargo oficial de emprender viaje por Europa para estudiar los avances de la industria de las exposiciones nacionales de Lyon, París, Berlín y Viena. Como veremos, apenas pasará por la primera y renunciará a visitar la última. Enrique Gil tenía entonces veintinueve años y su experiencia periodística y literaria estaba muy alejada tanto del encargo diplomático oculto como del oficial, por lo que debió de documentarse a conciencia. Sin duda debió conocer y consultar las obras de Ramón de la Sagra, que, como él, también era colaborador de *El Eco del Comercio*. Antes que Gil, otros escritores como Espronceda, Martínez de la Rosa o Mesonero Romanos habían asumido misiones diplomáticas, pero nunca encubiertas bajo la apariencia de otra misión oficial. Recordemos que de la Sagra era un técnico, por lo que tampoco ningún escritor de la talla de Gil había recibido antes el encargo de visitar las exposiciones de la industria, por lo que se convierte así en el precedente inmediato de los escritores y periodistas que luego escribirán sobre las exposiciones universales.

A diferencia de ellos, Gil no viaja directamente a la ciudad que alberga la exposición, pero sí coincide en integrar su visita a la exposición en la experiencia real del viaje que emprende. Según Picoche, Gil sale de Madrid a principios de abril y, aunque la misión diplomática lo envía directamente a Berlín, no llegará allí hasta cinco meses después. Antes de llegar a la capital alemana debe detenerse en varios puntos de su recorrido donde se celebran muestras de la industria. Es demasiado tiempo como para que la misión oficial sea una simple tapadera.



Gil recorre con poca prisa y con mucho deleite el itinerario que enlaza las ciudades objeto de su cometido oficial. Antes de dejar España, debía recabar información del estado de la industria a su paso por Barcelona y Valencia, y así lo afirma en carta fechada el 6 de junio en París que dirige al Secretario de Estado. Gil, aparentemente, se toma muy en serio la labor que se le ha encomendado y en esa misma carta comunica que se detiene en ambas ciudades “para estudiar el estado de su industria antes de ver la gran exposición de la francesa y para compararla más tarde con la de los diversos estados de Alemania que debo recorrer según el tenor de las instrucciones que recibí antes de mi salida”.

Sus breves referencias a las exposiciones de la industria quedan recogidas, como veremos enseguida, en los dos artículos que envía a *El Laberinto*, uno sobre su recorrido entre Lyon y París, y otro sobre su visita a la ciudad de Rouen, que fueron publicados el 16 de septiembre y el 16 de octubre de 1844 respectivamente. En el primer artículo de viaje publicado en *El Laberinto*, da cuenta del recorrido entre Lyon y París y recoge las primeras impresiones del escritor sujeto a las condiciones de un viaje que lo agotan y que presenta como una más de las excusas para justificar su tardanza en escribir: “¿Cómo quería usted, pues, que trazase mis garabatos sobre impresiones tan fugitivas, ni fabricase el armazón de mis reflexiones sobre tan flacos cimientos?” Así pues, Gil no redacta sobre la marcha, sino en la calma de su habitación parisina. Da cuenta entonces de las ciudades que ha recorrido hasta llegar a Lyon, donde pasará dos días “no porque la perfección a que ha llegado la fabricación de sederías en este emporio de la industria francesa no mereciese más detenido examen”, sino porque le urge llegar a París antes de que se clausure la exposición de la industria francesa. Describe algunos rincones de la ciudad, pero renuncia a entrar en detalles porque “si fuera a hablar de la ciudad y de sus fábricas no me llegaría por varios días todo el espacio del periódico”. Así pues, pasa casi de puntillas por la primera exposición que debía visitar porque le interesan mucho más los detalles del paisaje y del viaje mismo.

Sin saberlo, Enrique Gil acababa de emprender un viaje hacia la modernidad, no solo la que presentaban las novedades de la industria, sino la que le sale al paso sin cesar en su recorrido. El tren le fascina y se siente incapaz de describir lo que siente: “Las sensaciones que se experimentan en un medio de locomoción del todo desconocido entre nosotros, prácticamente son aquellas que no pueden definirse



exactamente”³. Ese asombro y esa incapacidad de expresar con palabras lo que siente ante lo nuevo será una constante en todos cuantos visiten las exposiciones universales. Es tal la novedad que a veces presentan que el narrador no encuentra referentes a los que asirse para comunicar a sus lectores las sensaciones que experimentan y eso los emparenta de algún modo con las crónicas del descubrimiento. Valga como muestra que ante el sorprendente edificio que albergó la primera exposición universal de Londres de 1851, Wenceslao Ayguals de Izco lo califica de “maravilla del siglo” y así titulará las cartas que escriba a María Enriqueta.

Sorprende que cuando Enrique Gil llega a París no muestre su admiración o su asombro. Si un jovencísimo Pedro Antonio de Alarcón, diez años más tarde visitaba por primera vez la capital francesa para asistir a la segunda exposición universal y confesaba sentir “vértigo en el alma”⁴, Gil no parece especialmente entusiasmado, o al menos es lo que se desprende de unas palabras en las que se adivina una fina ironía: “En fin, ya me tiene usted en la capital del mundo civilizado, como la llaman estas buenas gentes con su acostumbrada y encantadora modestia.” Cuando llega el momento de hablar de la exposición de la industria francesa lo hace como una más de las opciones que propone al director de *El Laberinto*. La primera propuesta consistía en recorrer y describir París, y renuncia a hacerlo porque ya otros viajeros como Mesonero Romanos lo han hecho antes y mejor que él; la segunda propuesta consistía en describir la exposición de la industria, pero también renuncia a hacerlo y remite al dictamen de la comisión oficial que dará datos mucho más exhaustivos que los que él pueda ofrecer; y por último, la tercera consistía en dar cuenta de la muestra de las Bellas Artes que se ofrecía en Versalles y que le había decepcionado de tal modo que también renuncia a hacerlo. Tres propuestas fallidas, en definitiva.

Detengámonos en lo que dice de la exposición de la industria: “¿Quiere usted que le dé cuenta de la sorprendente exposición de la industria francesa, que por fortuna mía he visto y recorrido muy a mi sabor durante todo el mes de junio? Pero en tal caso ya podía usted prestar cajistas, papel y aun paciencia, porque la cosa daría de sí para un

³ Recordemos que la primera línea de ferrocarril se inauguró en España fue la de Barcelona a Mataró en 1848 y la segunda la de Madrid a Aranjuez en 1851.

⁴ La visita de Alarcón a la exposición de París de 1855 y el impacto que produjo la capital francesa en su ánimo, lo analizo en mi artículo “Alarcón y París: el vértigo en el alma”, *Boletín de la Sociedad Menéndez Pelayo*, XCI, 2015. (en prensa).



buen volumen, y si no a la prueba me remito para cuando salga el dictamen de la comisión especial”. Esta brevísima referencia aporta datos muy interesantes para nuestro estudio porque contiene ya rasgos que estarán presentes más tarde en los textos de los cronistas de las exposiciones universales. En primer lugar califica la exposición de “sorprendente”, y ahí encontramos ya la sorpresa, el asombro ante el avance tecnológico que registran y describen todos cuantos visitan esas grandes muestras y que se conforma como uno de los rasgos más característicos de la literatura que nace de ellas; en segundo lugar el visitante se siente privilegiado por asistir a ella “por fortuna mía” afirma Gil; en tercer lugar expresa la libertad absoluta para recorrerla y observarla “durante un mes y muy a mi sabor”, y por último la incapacidad para abarcar, describir o resumir todo cuando allí había, “podía usted aprestar cajistas, papel y aún paciencia, porque la cosa daría de sí para un buen volumen”. Efectivamente, las memorias oficiales eran gruesos volúmenes que solo los técnicos podían redactar. También en esto se acerca Gil a los cronistas de la segunda mitad del siglo, que confiesan estar abrumados por una labor que les parece inabarcable, por lo que la mayoría optará por transmitir impresiones y sensaciones personales, haciendo de su visita a la exposición un nuevo modo de entender el viaje en un recinto que conforma también una nueva forma de ver y recorrer el mundo. La labor le parece a Gil tan ardua que remite al lector a la memoria oficial de la comisión especial. Tras analizar las obras que conforman el corpus de mi tesis doctoral, parece de todo punto imposible que, como visitante de una exposición de esas características en la que se mostraban novedades de todo tipo, Gil no escribiera nada, oficial o no, en todo un mes que estuvo visitando la exposición “muy a su sabor” según sus propias palabras. Sin duda algo debió de anotar, algo debió de quedar registrado en su diario o en las notas que emborriona todo viajero que se precie, pero desgraciadamente nada ha llegado hasta nosotros.

El segundo artículo que envía al periódico, lo dedica en exclusiva a la ciudad de Rouen que recorre y describe con placer. Gil parece olvidar su cometido oficial y entregarse al placer del viajero. Esto también será una constante de los viajeros a las exposiciones, el aprovechar el viaje oficial para hacer otros pequeños viajes a ciudades cercanas que el narrador presenta con la estructura de un viaje independiente, conformando a veces un juego de cajas chinas en que van entrando los distintos recorridos y relatos de los mismos. Valga como ejemplo el del periodista Alfredo Escobar, que en su viaje a la exposición universal de Filadelfia



de 1876, incluye otros más cortos, y de puro placer, a Nueva York, a Washintgon, a las cataratas del Niágara o al lejano Oeste

Aparte de las contenidas en estos dos artículos que Gil envía a *El Laberinto*, el resto de referencias a las exposiciones de la industria aparecen en notas sueltas, aisladas, en cartas rogatorias o en comunicados oficiales. Ya hemos visto lo que dice de la exposición de París, pero ¿qué dice Gil de la gran exposición de la industria alemana? Cuando el autor berciano llega a Berlín, la exposición ya ha alcanzado un gran éxito. Se propone visitarla en breve y estudiarla a fondo, y en una carta que dirige al primer secretario de estado desde Bruselas el 29 de septiembre, afirma:

El 24 del corriente llegué aquí después de haber recorrido la Bélgica y Holanda, las villas del Rhin hasta Maguncia y la ciudad libre de Frankfurt sur le Main que visité durante sus ferias. Aunque todo este viaje ha sido rapidísimo, los datos y noticias que durante él he recogido, creo sin duda me ayudarán en el desempeño de mi comisión. (...)

Por lo demás, mi llegada no puede haber sido más oportuna, porque abierta la exposición de productos de la industria nacional hasta fines del próximo mes, me será fácil apreciarla en sus resultados, compararla con la francesa que en París examiné con la posible atención, y ver hasta qué punto pudiera necesitar de los productos de nuestro país, para el caso en que anudadas nuevamente nuestras relaciones diplomáticas las comerciales pudieran cobrar nueva vida y actividad como es de esperar del carácter emprendedor del Zollverein o liga aduanera, y según me lo hace creer la opinión de varias personas influyentes y especiales en el ramo con quienes he tenido ocasión de hablar en mi viaje. (Gil: 2015–VIII: 192).

Sin embargo, no habrá más referencias a su misión oficial. Con las credenciales y cartas de recomendación que lleva consigo, Gil será recibido por autoridades del más alto nivel, incluso llegará a entablar una estrecha amistad con Humboldt, uno de los intelectuales más importantes de su tiempo.

Si en la primera parte del viaje la misión oficial le había servido como excusa para detenerse en otros puntos que visitaba por puro placer, una vez que llega a Alemania, la labor diplomática “oculta” se impone sobre la oficial y Gil olvida casi por completo los viajes y, por supuesto, las exposiciones de la industria. De hecho, sus avances en el campo diplomático, unidos al deterioro progresivo de su delicada salud, le hacen renunciar a su visita a la exposición de Viena para terminar una labor que



parece que marchaba en la buena dirección. Así lo comunicará al Secretario de Estado en carta fechada en Berlín el 10 de mayo de 1845:

Por la misma razón no voy a Viena a ver la exposición de la industria que allí se prepara, aunque procuraré enterarme en los periódicos del país de su carácter y de los adelantos más notables que ofrezca. Muchos artículos bastante importantes de aquella industria aparecieron ya en la exposición general a que asistí aquí durante el mes de octubre, y de todas maneras juzgo más importante el objeto que por ahora me ocupa. (Gil: 2015-VIII: 202).

Afirma Picoche en su tesis (pp. 118 y siguientes) que Enrique Gil cumple su misión con grandes lagunas y no la finaliza ni hay informe completo sobre ella, señalando que tras la prematura muerte del autor berciano, nadie tomó el relevo ni utilizó los materiales que Gil hubiera podido reunir. Efectivamente, no hubo ningún otro comisionado oficial y no tenemos constancia de que se escribiera nada sobre ninguna otra exposición de la industria hasta que en 1853 se publicó la memoria oficial que presentó Ramón de la Sagra sobre la primera exposición universal celebrada en Londres en 1851.

Para finalizar, podemos decir que el viaje de Gil a las exposiciones de la industria es en cierto sentido el viaje de un autor romántico hacia la modernidad, pero como hemos visto, es un viaje fallido. Los breves textos que he recogido aquí así lo demuestran, pero a la vez esos mismos textos certifican su papel de precursor de los escritores que entre 1851 y 1900 visitaron las exposiciones universales que generaron una rica y variada producción literaria. Gil deja atrás su tierra berciana, la violeta y la melancolía, y se dirige al mundo moderno de la industria y el progreso donde muere. No es solo la muerte real del autor romántico, víctima de la tuberculosis, la más romántica de las enfermedades, es también la muerte metafórica de la visión del mundo del hombre romántico que sucumbe ante un mundo moderno, nuevo y cambiante que exige, también, un nuevo modo de mirar y de sentir.

Bibliografía

ESCOBAR, JOSÉ, *Los orígenes de la obra de Larra*, Madrid, Editorial Prensa Española, 1973. <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor-din/los-origenes-de-la-obra-de-larra-0/html/>

GIL Y CARRASCO, Enrique. (2015-VIII). *Obras Completas*. BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, volumen VIII. *Último Viaje: Diario Madrid-París-Berlín*.



Edición, introducción y notas de Valentín Carrera. *Lecturas* de César Gavela, José Luis Suárez Roca, Pamela Phillips, Paz Díez-Taboada y Manuel Cuenya. Reproduce los *Manuscritos de Enrique Gil*. A Coruña. Paradiso_Gutenberg. Edición digital para Kindle en eBooksBierzo.

LARRA, MARIANO JOSÉ DE, *Oda a la primera exposición de la industria española de 1827*, Imprenta de D.M. de Burgos, Madrid, (sin año de publicación).

MESONERO ROMANOS, RAMÓN, *Manual de Madrid, descripción de la corte y villa*, Madrid, Imprenta de D.M. de Burgos, 1831.

—, *Memorias de un setentón*, Madrid, Editorial Renacimiento, 1926.

MORILLO MORALES, JULIA, “Alarcón y París: el vértigo en el alma” (en prensa).

SAGRA, RAMÓN DE LA, *Cinco meses en los Estados Unidos de la América del Norte. Diario de Viaje*, París, Imprenta de Pablo Renouard, 1836.

—, *Notas de viaje escritas durante una corta excursión a Francia, Bélgica y Alemania en el otoño de 1843*, Madrid, Imprenta de La Guía del Comercio, 1844.

—, *Memoria sobre los objetos estudiados en la Exposición Universal de Londres y fuera de ella: bajo el punto de vista del adelanto futuro de la agricultura e industria españolas*, Madrid, Imprenta del Ministerio de Fomento, 1853.

Julia Morillo Morales



Doctora en Filología Hispánica (UNED). Licenciada en Filología Francesa (Universidad Complutense de Madrid). Profesora de Enseñanza Secundaria, especialidad Lengua Castellana y Literatura (Comunidad de Madrid). Profesora en el Máster de Formación de Profesorado (2013), Universidad Alfonso X el Sabio. Su investigación se ha centrado en la literatura de viajes del siglo XIX. En diciembre de 2015 ha defendido su tesis doctoral titulada *Las exposiciones universales en la literatura de viajes del siglo XIX*.

jmorillo61@yahoo.es

